

La belleza de un corazón agradecido

1 Tesalonicenses 5:18

Pastor Tim Melton

Una persona que es agradecida mira la vida de una manera diferente. Matthew Henry, el famoso erudito teológico, fue una vez asaltado por ladrones que le robaron la bolsa que llevaba. Escribió estas palabras en su diario:

“Déjame estar agradecido, primero, porque nunca antes me robaron; segundo, porque, aunque me quitaron la bolsa, no me quitaron la vida; tercero, porque, aunque me quitaron todo lo que tenía, no era tanto; y cuarto, porque fue a mí a quien robaron, no yo quien robaba.”

Esa es una perspectiva inspiradora, pero ¿nosotros seríamos capaces de ver la situación así si nos robaran?

¿Tú dirías que eres una persona agradecida? ¿Tienes más tendencia al agradecimiento o a la queja? ¿Te ves a ti mismo más como una víctima o como alguien que es bendecido? ¿Te caracterizas más por el contento o por la codicia?

En Lucas 17:11-19 encontramos esta historia de Jesús y los 10 leprosos:

“Un día, siguiendo su viaje a Jerusalén, Jesús pasaba por Samaria y Galilea. ¹² Cuando iba a entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres enfermos de lepra. Como se habían quedado a cierta distancia, ¹³ gritaron: —¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros! ¹⁴ Al verlos, les dijo: —Id a presentaros a los sacerdotes. Resultó que, mientras iban de camino, quedaron limpios. ¹⁵ Uno de ellos, al verse ya sano, regresó alabando a Dios a grandes voces. ¹⁶ Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le dio las gracias, a pesar de ser samaritano. ¹⁷ —¿Acaso no quedaron limpios los diez? —preguntó Jesús—. ¿Dónde están los otros nueve? ¹⁸ ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero? ¹⁹ Levántate y vete —le dijo al hombre—; tu fe te ha sanado.”

Si somos honestos con nosotros mismos, ¿con cuál de estos leprosos nos identificaríamos mejor? ¿Con el que estaba tan agradecido de que su necesidad hubiera sido satisfecha, o con los que recibieron el regalo y simplemente siguieron alegremente su camino? La mayoría de nosotros podemos identificarnos con ambos. A veces estamos agradecidos, y otras veces ni siquiera se nos pasa por la cabeza dar las gracias.

Solo podemos especular sobre las razones que llevaron a 9 leprosos a no regresar para dar las gracias a Jesús, pero encontramos en este samaritano la siguiente ecuación: Tenía una gran necesidad. Recibió un enorme e inmerecido regalo. Frente a esta situación, respondió con gratitud.

Los samaritanos eran considerados como ciudadanos de segunda clase, y los leprosos eran excluidos de la comunidad y vistos como espiritualmente impuros. En su propia mente, el samaritano leproso muy probablemente se veía a sí mismo como el destinatario menos digno de un regalo tan "inimaginable". Por eso, respondió con gratitud. Puede ser que los otros 9 no regresaran a decir "gracias" porque sentían que tenían derecho o merecían el milagro recibido por ser judíos, los favorecidos descendientes de Abraham.

Cada uno de nosotros está llamado a ser agradecido, pero esta no es nuestra respuesta natural. La falta de gratitud se vio por primera vez en el jardín de Edén, en Génesis 3. Dios había dado de todo a Adán y Eva y, sin embargo, se mostraban desagradecidos. Querían todavía más, y por ello optaron por desobedecer y comer del fruto prohibido. Nosotros también somos a menudo culpables de descontento y falta de gratitud.

La cultura actual lo empeora aún más. Los medios de comunicación toman esa raíz de pecado y egoísmo que se encuentra en el ser humano y buscan amplificar nuestro sentimiento de tener derecho a más. Nos convencen de que tenemos derecho a una vida más fácil, una existencia más cómoda, una posición más respetable. Que merecemos algo mejor. Su mensaje nos deja un corazón quejumbroso y descontento. Nos enfrenta a unos contra otros con un sentido de competencia, comparación y codicia.

En Romanos 1:19-21 el Apóstol Pablo habla de la falta de gratitud del mundo:

"Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado. ²⁰ Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa. ²¹ A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón."

Dios se ha mostrado al mundo a través de su creación, pero el no creyente no honra a Dios ni le da gracias. La falta de gratitud es un atributo de los que no tienen a Dios.

Ahora, algunos disentarían porque conocen a no creyentes que son personas muy amables y agradecidas, pero ¿cuál es la realidad de esta situación? Un no creyente puede ser agradecido hasta cierto punto, ya que él o ella se centra en el beneficio y las cosas buenas que ha recibido, pero su

corazón seguirá desconectado del Verdadero Dador de Dones. Santiago 1:17 nos dice que *“Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras.”* Por cualquier cosa buena en nuestras vidas, nuestro agradecimiento debe ser ante todo para Dios. En las Escrituras, la acción de gracias se asemeja a un sacrificio de alabanza (Sal. 50:23), un acto de adoración.

Si bien un no creyente puede estar agradecido en el plano horizontal, él o ella pierde el propósito y el bien de la gratitud cuando esa gratitud está mal dirigida o se da a un simple mortal.

Piénsalo de esta manera. Imagina que tienes una enfermedad terminal. Has probado todas tus opciones, médicos, hospitales, alimentos saludables, medicamentos experimentales y tratamientos naturales. La única cura es un raro medicamento que cuesta 20 millones de euros. No tienes ese dinero. La cantidad de dinero necesaria es astronómica. Es imposible. Entonces, aceptas el hecho de que vas a morir. Te preparas espiritualmente. Empiezas a poner en orden tus finanzas. Te despidas de familiares y amigos. Y entonces, un día, mientras desayunas, suena el timbre. Sobresaltado, abres la puerta y allí está un repartidor que tiene un sobre certificado para ti. En el interior encuentras una breve nota del remitente expresando su amor por ti en este momento de necesidad. El sobre también contiene una carta del hospital certificando que el remitente ha pagado íntegramente los 20 millones de euros del tratamiento y ahora solo tienes que contactar con ellos para fijar la fecha de inicio de tus citas.

Un abrumador sentimiento de gratitud invade tu corazón.

Ahora imagina que en ese momento de gratitud empiezas a agradecerle al repartidor todo lo que ha hecho por ti. Todo lo que él significa para ti. El lugar especial que ahora ocupa en tu corazón. El amor que le profesas... Eso no parece del todo correcto. ¿Por qué? Porque estarías dando tu sentido de agradecimiento a otro, no a quien realmente te dio el regalo. Sí, es bueno decir “gracias” al repartidor, e incluso podrías darle una propina, pero tu sentido “gracias” estaría reservado para quien te hizo el regalo.

Debemos recordar que *“Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto.”* (Santiago 1:17). Está bien que nos demos las gracias unos a otros, pero haríamos bien en seguir el modelo del apóstol Pablo, quien a menudo da gracias a Dios por los demás y por lo que otros han hecho por él. En Romanos 1:8, Pablo dice: *“En primer lugar, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos vosotros, pues en el mundo entero se habla bien de vuestra fe.”* En Filipenses 4, Pablo da gracias a Dios por lo que los filipenses habían hecho para ayudarlo. En Colosenses 1 Pablo dice: *“Siempre que oremos por vosotros, damos gracias a Dios...”*

Aquellos que creen en Cristo están relacionados correctamente con Dios para darle gracias, pero incluso nosotros, como seguidores de Cristo, a menudo parecemos tener dificultades en el área de la gratitud.

Para muchos, esta reciente pandemia o incluso el reciente aumento de los precios ha convertido el agradecimiento en una tarea aún más difícil. Como estamos acostumbrados a querer siempre más, es un cambio bastante brusco cuando nos privan de cosas. Cuando perdemos las oportunidades y placeres a los que estamos acostumbrados, tenemos la tentación de apartar la gratitud y abandonarnos a la

queja, la insatisfacción, y la autocompasión, o incluso dudar de Dios porque las cosas no son como queremos. La vida tendrá sus días difíciles, pero el Apóstol Pablo nos da otra opción.

En 1 Tesalonicenses 5:18 dice:

“Dad gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para vosotros en Cristo Jesús.”

Quizás alguien piensa: “Es fácil decirlo en su caso, porque no se encontró en mi situación”. Es correcto, él no pasó por tu situación, pero Pablo tuvo su propia ración de pruebas y dificultades. 2 Corintios 11:23-28 nos dice que a causa del evangelio Pablo fue encarcelado, estuvo en peligro de muerte repetidas veces, naufragó, fue golpeado, azotado, apedreado, estuvo en peligros de bandidos, en peligros de ríos, en peligros en la ciudad y en el campo, muchas veces se quedó sin dormir, e incluso sin comer. Sin embargo, de alguna manera, fue capaz de dar gracias en todas las circunstancias.

La pregunta entonces es la siguiente: ¿Ser agradecido en cualquier circunstancia era solo una habilidad que Dios dio a Pablo, o es realmente posible también para nosotros?

Pablo no nos está diciendo que ignoremos nuestro dolor cuando nos invita a ***“dar gracias en cualquier circunstancia”*** (1 Tesalonicenses 5:18). Solo nos ofrece perspectiva. Nos está ayudando a ver la realidad de nuestras dificultades en medio de la obra de Dios y en el contexto de la vida eterna. Sí, habrá dolor, dificultades y sufrimiento, pero Dios siempre está obrando, en y a través de nosotros. Y lo mejor de todo es que llegará un día en que todo esto pasará y entraremos a nuestro hogar eterno, en la presencia de Dios. Esa es la razón para una gran gratitud.

Entonces, ¿cuál era el secreto de Pablo? El evangelio. Pablo había sido enemigo de Dios, hasta el punto de perseguir a los seguidores de Cristo. Si Pablo hubiera continuado por ese camino, su condena hubiera sido la muerte eterna, separado de Dios para siempre. Pablo había sido el peor de los pecadores, pero Jesús llamó a Pablo, lo perdonó y le dio vida eterna. Él, como el samaritano leproso, se apercibió de su desesperada necesidad, de su inmerecida recompensa, y respondió con gratitud.

Como creyentes, la diferencia entre un corazón agradecido y un corazón ingrato a menudo proviene de la manera de entender el evangelio. Lo podemos ver más claramente en otros escritos del apóstol Pablo.

En 2 Corintios 4:15, Pablo escribió estas palabras: ***“Todo esto es por vuestro bien, para que la gracia que está alcanzando a más y más personas haga abundar la acción de gracias para la gloria de Dios.”***

El evangelio se estaba extendiendo, y cada vez más personas encontraban la salvación en Jesucristo. El resultado natural fue un aumento de la gratitud que daba gloria a Dios por lo que Él había hecho por ellos a través de Cristo.

El agradecimiento está conectado con la gracia. En el momento de la salvación nos encontramos cara a cara con toda la extensión de nuestro pecado (Romanos 3:23). Cristo tomó sobre sí la culpa del pecado de la humanidad. Luego pagó por nuestro pecado soportando la justa ira de Dios. Debido al precio que Cristo pagó por nosotros, hemos sido perdonados y ahora estamos bien con Dios. Hemos sido salvados

y no podemos atribuirnos el mérito. Lo único que verdaderamente merecemos es la condenación y la muerte, pero en cambio se nos ha dado la salvación.

Como hijos de Dios deberíamos vivir en esta posición de humildad espiritual y deuda perpetua por la gracia recibida de Dios. Esto debería dar como resultado una mentalidad que comprende que no merecemos nada. No merecemos el aire que respiramos, aún menos cualquier otra cosa que recibamos en esta vida. Por eso todo en la vida es una bonificación adicional y una bendición. Eso hace nacer un corazón de acción de gracias.

Andando diariamente con Cristo, seremos atraídos hacia la perfección de Dios y recordaremos nuestras propias imperfecciones. Es como la reacción de Simón Pedro en presencia de Cristo, y la respuesta de Isaías cuando vio a Dios.

Ante la presencia de Jesús, en Lucas 5:8, Simón Pedro proclamó: ***"¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!"***

Ante la presencia de Dios, en Isaías 6:5, Isaías exclamó: ***"¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!"***

Al permanecer cerca de Cristo, somos llevados una y otra vez a las verdades de la cruz. Se nos recuerda nuestra insolvencia espiritual, pero también lo que Dios nos provee a través de las riquezas de Cristo. Desde esta inmerecida posición estaremos agradecidos por todo. El alcance de nuestra gratitud estará en relación directa con la comprensión de nuestra desesperada necesidad y del inmerecido rescate que hemos encontrado en Cristo.

Si uno no conoce a Cristo, o si un creyente se ha alejado de Cristo, ocurrirá lo contrario. La humildad espiritual, que proviene de recordar el propio pecado y la gracia de Dios, será reemplazada por un sentimiento de superioridad moral o de derecho: "¡Merezco algo mejor!" El centro de atención va de lo que Dios ha hecho a lo que el hombre puede hacer. Pasará de agradar a Dios a la autocomplacencia. De la humildad, al orgullo. Pensaremos más en el presente que en la eternidad. Seremos insensibles a nuestro pecado y comenzaremos a tenernos en más alta estima de lo que deberíamos. Pero, ¿cómo somos capaces de esto? En 1 Corintios 4:7 leemos: ***"¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y, si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado?"***

Mientras caminamos cerca de Cristo, nuestro pasado de pecado y el presente de la gracia de Dios se unen para mantenernos en un estado de ánimo humilde y agradecido. Ya no hay necesidad de escapar o encubrir nuestra infelicidad, amargura o descontento. La satisfacción se convierte en nuestra realidad porque sabemos que no merecemos nada. Por eso todo es un regalo. Podemos estar agradecidos en cualquier circunstancia. Ya no tenemos "derecho a algo y constantemente exigir más".

John Newton, que vivió en el siglo XVIII, fue un ejemplo de humildad espiritual y gratitud. Aunque en el pasado había sido conocido como un traficante de esclavos obstinado, desobediente y despiadado, a

través de Cristo ahora era un arrepentido hijo de Dios. Expresó su corazón en estas palabras del conocido himno *“Amazing Grace”*:

“Asombrosa gracia, qué dulce el sonido que salvó a un desgraciado como yo. Una vez estuve perdido, pero ahora encontrado, estaba ciego, pero ahora veo.”

La cercanía a Cristo nos recuerda que nuestra deuda ha sido satisfecha, y la consecuencia es el agradecimiento.

Volvamos al relato anterior del repartidor que llevaba a tu puerta el sobre con la noticia del pago de los 20 millones de euros para tu tratamiento médico, y de que ya no morirías, sino que te curarías de tu enfermedad terminal.

Un sentimiento abrumador de gratitud invade tu corazón. Imagínate que más tarde ese mismo día tu lavavajillas se estropea, tu teléfono deja de funcionar, te quedas fuera de tu piso sin llave, o tu consola de videojuegos se avería. Todos son eventos frustrantes, pero al lado del tratamiento médico de 20 millones de euros que salvará tu vida, esos inconvenientes ya no afectan a tu gran sentimiento de alegría y gratitud.

Del mismo modo, la buena noticia de recibir la vida eterna, cuando merecíamos la muerte eterna, debería desarrollar una manera de pensar que entienda que a partir de ahora todo es un regalo. No merecemos el aire que acabamos de respirar, el trabajo que acabamos de perder, el hospital en el que nos ingresan cuando estamos enfermos, el ordenador que se averió, el café que se derramó, los niños que se portan mal, la oportunidad de volver hacer el examen que suspendimos, el matrimonio que a veces es difícil, y todavía menos cualquier otra cosa que recibimos en esta vida. Por ello, todo en la vida es una bonificación adicional y una bendición. Da como resultado un corazón agradecido incluso en medio de los desafíos de la vida. Este tipo de Gratitud debería ser nuestra perspectiva predeterminada de la vida.

Antes de conocer a Cristo, el egoísmo y el sentimiento de tener derecho a algo eran nuestra forma natural de vida, pero en Cristo hemos recibido una nueva naturaleza, una nueva forma de vivir. Gracias a Cristo, la gratitud debe ser nuestra respuesta natural.

Cuando una gran necesidad es cubierta por un gran regalo, la consecuencia natural debería ser una enorme gratitud, pero ¿qué sucede en nuestras vidas cuando no estamos agradecidos?

Puede ser que nuestra teología sea correcta pero la hayamos olvidado. Al permanecer cerca de Cristo, somos llevados una y otra vez a las verdades de la cruz. El alcance de nuestra gratitud estará en relación directa con el recuerdo diario, en todo momento, de nuestra desesperada necesidad y el rescate completo e inmerecido que hemos recibido en Cristo.

Cuando olvidamos el evangelio es probable que perdamos nuestro sentido de gratitud permanente. Ya no vivimos bajo la premisa fundamental del mayor agradecimiento. En su lugar, dirigiremos nuestra atención a las dificultades inmediatas y olvidaremos el paraguas eterno y continuo de la bendición bajo la que vivimos.

Nos volvemos hacia el mundo para satisfacer las necesidades que ya han sido satisfechas en Cristo. Empezamos a cuestionar la sabiduría y la bondad de nuestro Dios. Dejamos de reconocer todo lo que ya hemos recibido y empezamos a añorar las cosas superficiales y carentes de importancia de este mundo. Es como un adolescente que olvida la bondad y la provisión constantes de sus padres y se enfada porque no le compran el último teléfono o videojuego.

Ya somos hijos de nuestro Padre celestial y tenemos todo lo que podemos necesitar, pero todavía oímos la voz de la insatisfacción como si la provisión de Dios no fuera suficiente y los regalos terrenales fueran mejores que los de Dios. ¿Dónde está nuestra satisfacción? ¿Dónde está nuestra gratitud? ¿Dónde está nuestra sumisión que debería ser estimulada por la gracia de Dios que ya ha hecho por nosotros más de lo que podríamos pedir o imaginar?

La gratitud se centra en las necesidades que Dios ha satisfecho fielmente en nuestras vidas. Refrena el olvido de Sus bendiciones y la llamada del mundo a los deseos carnales.

Ahora que hemos visto la importancia bíblica de la gratitud, ¿cómo trasladamos estas verdades de nuestra mente a nuestro corazón? Recordamos el evangelio. Oramos por tener un corazón agradecido. Por fe nos obligamos a ser más agradecidos, confiando en que Dios usará nuestra obediencia para que la gratitud se convierta en una forma de vida y el estado de nuestro corazón. Nos unimos a nuestros hijos agradeciendo regularmente a Dios sus bendiciones. Dedicamos tiempo a reflexionar e incluso escribir sobre lo que Dios ha hecho por nosotros y cómo nos provee en el presente. Tomamos conciencia de las necesidades de los menos afortunados. Damos a otros en necesidad. Alimentamos las características espirituales complementarias de satisfacción, generosidad y humildad.

Para terminar, permite que los siguientes versículos te ayuden a buscar la belleza de un corazón agradecido:

- *“Entrad por sus puertas con acción de gracias; venid a sus atrios con himnos de alabanza; dadle gracias, alabad su nombre. Porque el Señor es bueno y su gran amor es eterno; su fidelidad permanece para siempre.”* Salmos 100:4-5.
- *“Por eso, de la manera que recibisteis a Cristo Jesús como señor, vivid ahora en él, arraigados y edificados en él, confirmados en la fe como se os enseñó, y llenos de gratitud.”* Colosenses 2:6-7.
- *“Que gobierne en vuestros corazones la paz de Cristo, a la cual fuisteis llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos.”* Colosenses 3:15.
- *“Alaba, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él perdona todos tus pecados y sana todas tus dolencias; él rescata tu vida del sepulcro y te cubre de amor y compasión; él colma de bienes tu vida y te rejuvenece como a las águilas.”* Salmos 103:2-5.
- *“Dad gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para vosotros en Cristo Jesús.”* 1 Tesalonicenses 5:18 .
- *“¡Gracias a Dios por su don inefable!”* 2 Corintios 9:15 .
- *“Dad gracias al Señor, porque él es bueno; su gran amor perdura para siempre.”* Salmos 107:1.